

¿Con qué fin enseño mi clase?

Por H. T. Reza

Eso de dar golpes al aire, además de infructuoso resulta cómico. No obstante, muchos se entregan al ejercicio de una actividad sin tener propósitos definidos. El maestro de escuela dominical cumplirá eficazmente su cometido en proporción directa a la responsabilidad que toma sobre sí de guiar a sus alumnos a metas definidas.

La obra primordial del maestro de educación cristiana consiste en lograr la salvación de sus alumnos. El equipo de la iglesia, el servicio devocional y los materiales de enseñanza son incidentales. Lo importante es que el alumno venga en contacto con Dios y su Hijo Jesucristo y por ello se opere un cambio en su corazón hacia las cosas dignas y nobles.

Pero, ¿cómo lograr este objetivo?

1. En primer lugar, el maestro hará bien en orar por sus alumnos. Se ganan más batallas contra el diablo de rodillas que por otros recursos. Comete flagrante delito el mentor de niños cristianos cuando permite que se pase una semana entera sin orar personalmente por sus alumnos. Es más, debe orar por ellos cada día. Debe interceder en su favor, debe pedir que el Señor les ayude a resistir tentaciones y a buscar la sabiduría divina. El maestro debe mantener contacto con sus alumnos por medio de las cuerdas resistentes y fuertes de la oración.

2. La oración debe seguirse por el interés personal del maestro en favor del bienestar de los alumnos. El trabajo del maestro de escuela dominical no incluye sólo el tiempo de preparación para la clase o el necesario para la Escuela Normal o para los planes generales de la organización. El trabajo incluye también horas y días enteros en favor de los alumnos y en varias fases y perspectivas. Si el alumno carece de trabajo, ayudarlo a buscarlo; si tiene problemas familiares, cooperar con él a resolverlos; si tiene algún problema educativo, darle la mano; si carece de la confianza de los demás, probarle que su maestro sí tiene confianza en él; si es problema social o de noviazgo, aconsejarlo con el Espíritu de Dios. Hay muchas oportunidades que el maestro tiene para hacer sentir su influencia en su clase. Debe velar por los intereses de sus alumnos, como el pastorcillo vela por sus ovejas.

3. En tercer lugar, debe visitarlos con frecuencia. No debe pasar una semana sin que el maestro establezca contacto con sus alumnos por medio de una visita y no sólo por carta, tarjeta o por el teléfono. Claro que no abogamos por una visita pastoral en la que indefectiblemente se lea la Biblia y se ore con el alumno —mejor si puede hacerlo— pero más bien una visita amigable que permita al maestro hablar con el alumno sobre cuestiones de interés común, invitarlo a la próxima clase y discutir sobre la manera de lograr el éxito de ella. Hay que evitar, por supuesto, discutir con ellos el carácter de terceras personas. Si no hay nada bueno que decir de los demás alumnos, vale más no mencionarlos: pero si lo hay, conviene traerlo a la conversación para que sirva de estímulo y a la vez gane la confianza del alumno.

4. En lograr la salvación del alumno hay que usar mucha sabiduría y persistencia. Una sola invitación puede rechazarse fácilmente, pero diez, quince o veinte acabarán por aburrir. Mucha gente ha llegado a la iglesia sólo para “quitarse de encima” al que los ha invitado. Con frecuencia han obtenido su salvación al asistir a un solo servicio. La oración debe ser persistente,

el interés personal por el alumno debe continuar siempre y las visitas deben ser frecuentes.

El objetivo, pues, del maestro de educación cristiana es lograr la salvación de sus alumnos. Le aseguramos que con el cumplimiento de estas sugerencias y la ayuda del Espíritu Santo, cumplirá su objetivo.